

arrebata con mayor facilidad la zorra á la mísera ave de corral.

El tigre, dando saltos se alejó, internándose entre los espesos matorrales. Todos los fusiles apuntaron á la fiera, pero nadie osó disparar, temerosos de herir ó matar al infortunado compañero.

Pronto perdimos de vista al robador y á su víctima; pero pudimos seguir durante algún tiempo sus huellas, merced á las manchas de sangre que salpicaban el suelo; pero los rastros fueron cada vez más débiles y por fin se extinguieron, y los cazadores indecisos y confusos por no saber hacia donde enderezar sus pasos, íbamos á renunciar á tal empresa, cuando de improviso vimos al tigre y á su presa tendidos uno junto á otro sobre un ribazo. El felino estaba muerto; el hombre, con los ojos muy abiertos y con un resto de conocimiento, maltrecho y herido, tenía aún la pierna entre las fauces del tigre. Estaba tan exánime y débil, que no tuvo aliento para satisfacer las preguntas de sus compañeros.

Para libertar su pierna, fué preciso cortar á cercén la cabeza del animal y desarticular sus apretadas mandíbulas. Por fortuna iba con nosotros un diestro cirujano, que hizo la primera cura al herido, y pudo ser trasladado á una choza no lejana.

¿Qué había sucedido? Aturdido el cazador por la caída, sintiendo penetrar en sus carnes los dientes del animal, adolorido, exánime, se desangró. Cuando volvió en sí, se vió tendido sobre el lomo del tigre, que se deslizaba rápidamente al través de la espesura, y á cada instante el rostro y manos del herido se desgarraban al contacto de los abrojos y espinas de los matorrales. Juzgóse perdido, é inmóvil esperó que llegase su último instante. De repente una idea salvadora cruzó por su mente: hizo un esfuerzo para coger una de las pistolas de su cinto, y, apuntando á la cabeza del animal, hizo fuego.

El tigre sacudió rudamente á su víctima, hundió más los incisivos en sus carnes y precipitó la carrera. El desdichado se desmayó de nuevo. Cuando abrió los ojos hizo otro supremo esfuerzo, y cogiendo la segunda pistola disparó; esta vez la bala penetró por el omoplato en el corazón y el tigre rodó por el suelo, como una masa inerte.

Ya era tiempo: las fuerzas del cazador se agotaron y no tuvo aliento siquiera para llamar á sus compañeros, que se acercaban...

El curioso lector que quiera seguir con la imaginación otra cacería de la India, le trasladaremos al triángulo que forman Furuckabad, Canonge y Shahabad.

El Ganges, el río sagrado de los indios, recibe allí amorosamente las aguas del Gurrah, del Ramgunga y del Calle-Nuddea.

El terreno es algo pantanoso, y alimentados por el limo que depositan aguas abundosas é inquietas, brotan espesos bosques y junglares impenetrables.

Pueblan semejante sitio todas las fieras de la India, menos el oso, harto raro en las comarcas de Bengala. Vagan por entre la espesura, muchas variedades del gamo, axis, antílopes, ciervos, jabalíes, leopardos y panteras. Oyese también el rugir de algunos leones y el aullido de gran número de tigres.

En el mes de Mayo de 1883, el sol poniente alumbraba una escena en extremo pintoresca. Era un animado campamento á orillas del Ganges, y no lejos de la confluencia de los cuatro ríos. Gran número de oficiales *civilians*, llegados de Delhi, de Benarés, Agra, Lucknon y Juruckabad, habían acudido á la cita para dar una batida á los tigres, panteras y leopardos.

Imposible es formarse una idea de los preliminares de una de estas animadas cacerías en Bengala. Las batidas alemanas, en que á veces figuran tres ó cuatrocientos hombres, son menuda cosa al lado de aquel abigarrado ejército de hombres de todos países y castas. Masa llena de color, pintoresca y bulliciosa, que se mueve y agita sin cesar.

Los *Sportmans* ingleses, llenos de inquieta curiosidad, acudían presurosos, seguidos de sus *souharys*, (séquito, cortejo) considerables. Los cazadores de rango llevaban para su uso un coche cerrado para ponerse al abrigo de las tempestades, otro abierto, un palanquín, y uno ó dos elefantes de caza, carros arrastrados por bueyes y *bearrers* para el equipaje, y varias lujosas tiendas de campaña, con que se improvisaron casas ambulantes, con salones, comedor y dormitorios. Las provisiones eran abundantes, los vinos exquisitos, y el servicio de plata labrada. A cada comida se cambiaban los manteles, blancos como el ampo de la nieve, y los ricos cubiertos.

No era mejor ni más espléndido el servicio de mesa en Benarés y Calcuta.

¡Cuadro espléndido y maravilloso! Por doquier se veían tiendas, carros, coches, elefantes y caballos, semejando á un campamento la víspera de dar una batalla. Gran número de cipayos armados, escolta indispensable de tales cacerías, *Bengalos, Maters, Byots, Syces, Khálmutyars*, etc., circulaban febrilmente por entre aquel laberinto de vehículos y tiendas.

A unos doscientos pasos del campo, una numerosa jauría de hermosos perros, de castas diversas, ladraban

furiamente. Los chacales dejaban oír allá á lo lejos, en la espesura, su lúgubre aullido.

Alrededor del campo donde se levantaban las tiendas de los europeos, había el campo de los cipayos y el de los mercaderes.

Nada más curioso y entretenido, durante los ocios de semejantes cacerías, que contemplar el pintoresco cuadro que ofrecen los ambulantes bazares provistos de todo, desde las telas más vistosas y armas más ricas, hasta las provisiones de boca, abanicos y *punkahs*.

A corta distancia de los bazares, al pie de un grupo delicioso de palmeras, cuyas ramas se entrelazaban caprichosamente, se veían tendidos en el suelo, ó recostados junto al tronco de los árboles, muchos *nautch-girls* ó bayaderas, músicos y estrafalarios bufones. En fin, una multitud inmensa de indios de todas castas y oficios, como formando parte de los séquitos; otros, como simples curiosos, ó bien para brindar por un puñado de mísera moneda sus servicios, habían acudido en tropel al campamento, y permanecían, los más, acurrucados junto á matorrales de aloes y fumando su *garguli*, tendiendo su mirada perezosa y apagada sobre aquel animado cuadro.

Otros indígenas preparaban la cena ó daban pienso al ganado, y encendían grandes fogatas que disipaban las primeras sombras de la noche.

Los últimos rayos del día dibujaban en el horizonte las praderas salvajes, en cuyos linderos brotan las grandes herbáceas, cañaverales y bambúes. Cuando el viento agitaba su tallo, aquellos cañizos amarillentos, quemados por los rayos del Sol, producían, al chocar, un sonido metálico lúgubre. Aquellos terrenos pantanosos y llenos de junglares, cenagosos y sembrado de hierbas secas ó palmeras enanas, son el escondrijo favorito de los tigres y leopardos de Bengala.

Hallábame reclinado junto á una carreta, á la sombra de un cocotero, con cuatro cazadores, fumando un *chirrevot* y esperando la comida que el *babarchi* y sus *musalchis* estaban preparando al aire libre en una fogata vecina. El mancebo de más edad era un *civilian* de Benarés, M. Federico Halscopp. Los otros tres eran oficiales del ejército de S. M. Británica, Tone, Middley y Raleigh Stevart.

—Todo hace augurar un buen día de caza para mañana,—dijo Raleigh, mirando al cielo.

—¿Tenéis buenos elefantes?—preguntó Halscopp.

—No son malos.

—¿Han cazado ya el tigre?

—Así me lo jurado su dueño; pero, á decir verdad, lo dudo.

—Entonces podéis estar segurísimo que al divisar el primer tigre volverá grupas, y os conducirá de nuevo al campamento.

—¡Diablo!

—exclamó

Middley.—

—¿Qué os pa-

rece si mon-

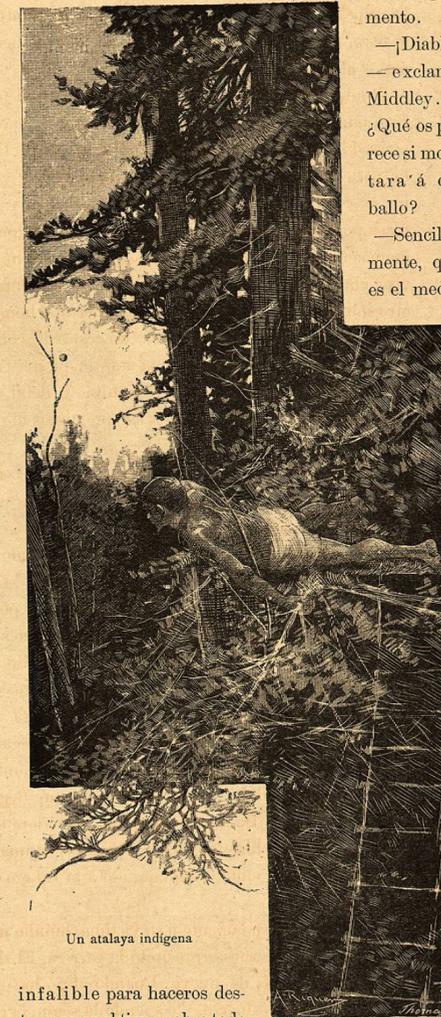
tara á ca-

ballo?

—Sencilla-

mente, que

es el medio



Un atalaya indígena

infalible para hacerlos des-
trozar por el tigre, sobre todo

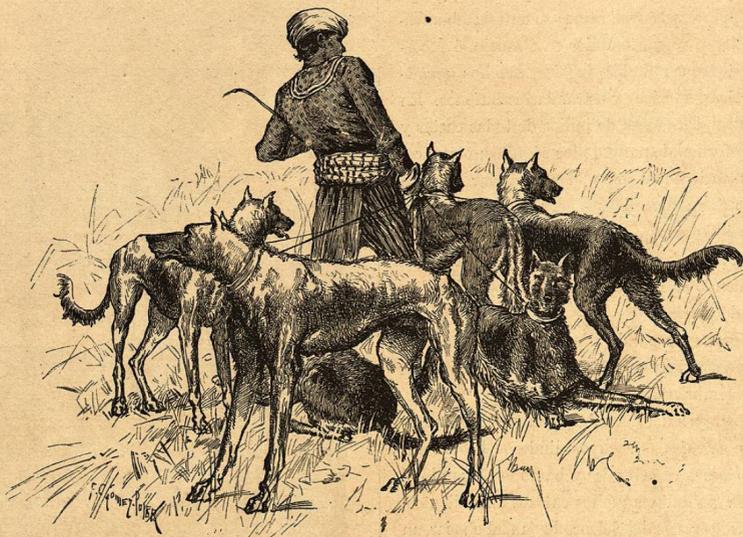
si el caballo no está habituado á semejante caza.

La llegada de algunos amigos interrumpió la conversación; se habló, después, de ascensos, del país nativo, de amores, de juego; se apuraron algunas copas entre risas y algazara; hasta que juiciosamente, oyendo mis prudentes excitaciones, entramos todos á nuestras tiendas á descansar.

Serían las cinco de la mañana. Todos los cazadores se hallaban de pie y dispuestos á partir. Cincuenta ci-

payos y unos trescientos indígenas habían tomado la delantera, extendiéndose en ala y en semicírculo para arrojar el tigre sobre los tiradores. Marchaban éstos en medio del más perfecto orden á guisa de bien disciplinado ejército. Casi todos los cazadores iban montados sobre elefantes amaestrados y equipados para la caza del tigre.

Seguían á los elefantes un centenar de cipayos, una multitud de indígenas y treinta ó cuarenta *maters*, llevando por la mano á las jaurías.



Una jauría

—Esperemos,—dijo,—siempre llegaremos á tiempo. Por fin, un indio, que se había aventurado á dirigirse algo lejos, hacia la izquierda, llegó jadeante, sudoroso y levantando los brazos al aire.

—¡Un tigre, un tigre, *sahib!*—gritó á Mr. Larreya. Durante un instante experimentamos toda profunda emoción y nos replegamos hacia el centro.

—¿Has visto tú al tigre?—preguntó Mr. Larreya. —Sí, *sahib*,—contestó el indio, no sin cierta vacilación.

—Entendámonos: ¿has visto si ó no el cuerpo del felino con tus propios ojos?

—La pisada sólo, *sahib*,—murmuró el bengalo;—pero allí en la espesura tengo la seguridad de haber divisado algo amarillo ó gris.

—Guía, pues. No ignoras que gana diez rupias cada

A unas cuatro millas del campamento comenzaba el verdadero terreno de caza. El pequeño ejército se desplegó en ala á fin de explorar todos los contornos. Mr. Larreya, el célebre cazador de tigres, dirigía la batida. La consigna recibida era que á la primera aparición del tigre debíamos replegarnos y fijar la atención en Mr. Larreya.

Pasaron dos horas en inútiles pesquisas. Varios cazadores impacientes solicitaron que se soltase á los perros pero Mr. Larreya se opuso.

hombre que nos haga tirar sobre de un leopardo ó tigre.

Estimulado el indígena por el cebo de este *bacshih*, pero pálido y tembloroso, emprendió la marcha. Obedeciendo á una orden de M. Larreya, se colocaron los elefantes en línea de batalla, y nos dirigimos hacia el punto señalado por el indio. De repente el bengalo dió una voltereta y se arrojó entre las patas de los elefantes.

—El tigre está allí,—exclamó, mostrando un pequeño grupo de arbustos espinosos mezclados con yerbas secas.

Continuamos avanzando; pero sea que el indio se hubiera engañado, ó bien que el tigre emprendiera la fuga, sólo hallamos jabalíes y un gran reno, que fué muerto por el capitán Craighton.

Media hora más tarde, un cipayo comunicó al jefe de la batida, que había descubierto las huellas recientes de un leopardo. Seguíamos cuidadosamente aquellas trazas; cuando, de repente, un leopardo, oculto tras altos

matorrales, se lanzó sobre el indio, derribándole al suelo. El indígena se deslizó como una serpiente, arrastrándose por entre los arbustos. Entonces tiramos sobre el leopardo, pero sin tocarle. La fiera, al verse cercada de



Batida al tigre

enemigos, dió otro prodigioso salto, lanzándose sobre un elefante, que le recibió con la trompa, con tan tremendo choque, que le hizo rodar á sus pies. El leopardo se incorporó, procurando agarrarse al pecho de su enemigo; por fortuna el elefante era viejo y ducho en

estas lides, y doblando las rodillas sobre el leopardo, al que tenía sujeto por la trompa, le aplastó bajo su enorme peso. Cayó el leopardo entre la alta yerba y se oyeron sus estertores de muerte. Algunos cipayos acudieron para rematarle; pero el leopardo en su agonía logró